

LIBROS

El Premio Barral 1971 o Todos los caminos llevan a la Hispanidad

Parece increíble, pero es verdad.

Otro latinoamericano se ha llevado otro premio literario español. El argentino Haroldo Conti, a pesar de su nombre de pila, es el primer Premio Barral 1971. Hasta la última votación llegó empatado con la novelista madrileña María Luz Melcón. Esta flor de Chamberí no es hija de Madrid, sino de Asturias. Y a pesar de los antecedentes, doblemente avaladores, se quedó sin premio en beneficio de un escritor argentino ya muy premiado: Premio OLAT, Premio «Life», Premio Fabril Editora, Premio Municipal, Premio Universidad de Veracruz.

La Melcón es también poetisa y guionista de cine. Pero de nada le ha valido. Otros que se acercaron a la victoria y fueron eliminados son: Teresa Pamies (la autora de *Testament a Praga*), Manuel de Pedrolo (novelista catalán de ya larga bibliografía), Torcuato Miguel, Antonio Madeira, Horacio González Trejo, Paulo Carvalho-Neto, Rogelio Zabalo.

Castellet ha leído con frialdad la historia de las eliminaciones. Al decir que la novela de la Melcón y la de Haroldo habían empatado, no ha clarificado el por qué en caso de empate los argentinos ganan. La «vox populi» decía que la novela de la Melcón tiene una última parte por rehacer, y en estas condiciones la novela de Conti ya estaba acabada.

Días pasados, al hacer la crónica del Premio Seix y Barral, yo adelantaba que el único suspense válido para la próxima edición del Premio Barral era saber la nacionalidad expresa del latinoamericano que ganaría. Argentino. El segundo argentino del año, después de Aguinis, ganador del Premio Planeta.

Castellet estuvo bastante locuaz con la prensa. Dijo que la historia más bonita de todas las presentadas era la de la Pamies. Pero dejaba que

desear en la resolución. La novela de Conti se llama *En vida*, y según la propaganda barraliana, es una obra donde «un color gris, matizado por una subterránea escala cromática, ilumina los lentos atardeceres, las noches imposibles y enajenadas de unos seres que reparten su tiempo entre la monotonía alienante de un Buenos Aires insufriblemente cotidiano, y los evasivos fines de semana en las playas próximas a la ciudad, etcétera, etcétera». En cuanto a la novela *Al otro lado del silencio*, de la Melcón, la propaganda barraliana aduce: «Desarrollando una temática con ilustres antecedentes en la novela española (la vida en un internado religioso), y con un propósito consciente en la función de la lengua, se relata un estado de adolescencia y su agria confrontación con la madurez hipócrita, caduca y avasalladora».

A punto de terminar la fiesta, llega María Luz Melcón. Tiene la frente despejada. García Hortelano, que es de Madrid, la presenta en sociedad. Se la apalanca Josep María Soria y la somete a un hábil interrogatorio. Al acabar, Soria comentaría que la chica es inteligente. «Algo es algo», dice una joven dama bien dotada; mira a todo el mundo con los ojos pequeños fruncidos y parece conocer más a Baltasar Porcel que a ningún otro de los presentes. Los jurados parecen cansados, y malas lenguas dicen que aún no han superado la agotadora lectura de la novela ganadora. Según parece, es meritoriamente pesada, brillantemente gris, iluminadamente consistente, sólidamente construida; muy novela, en suma.

Fernández Brasso es muy felicitado porque aún no le han apedreado la librería que ha abierto en Madrid. El excelente crítico no puede disimular el rubor que le produce tamaño excepcionalidad.

Yo me disponía a hablar con Castellet de cosas muy serias, cuando Barral me dijo con voz de padre propicio: «No te fies de ese. Hasta los amigos de la infancia desconfían de Castellet».

Fue una magnífica velada dedicada a las artes y las letras. Bastante bien de canapés y bebidas. En cambio, no me convencieron la mayor parte de los modelos presentados. El mejor comentario de la noche: el del historiador Miquel Barceló. Fue introductor del primer premio de Carlos Barral al que asistí, el que en 1960 estuvo a punto de ganar Juan Marsé por *Encerrados son un solo juguete*. Barceló contempló ahora el cua-

dro, me contempló a mí y comentó: «Cómo hemos envejecido».

Hasta Ana María Moix me pareció senil a partir de este comentario. ■ BARONESA D'ORCY.

Saint-Exupery visto por Luc Stang

Ingresar en la categoría de hombres excepcionales es cosa terrible. Porque los hombres excepcionales suelen plantearse enormes y universales problemas sobre la condición humana, y los problemas universales terminan, con mucha frecuencia, en la metafísica, y la metafísica es el reino de la ambigüedad. Y todo lo ambiguo es manejable por los ansiosos del encasillamiento y el dogmatismo. Estos son quienes tratan de encajar a Saint-Exupery (como a todos los hombres excepcionales, dubitativos y caminantes) en sus propios y cerrados esquemas.

Pero esa permanente búsqueda intelectual que emprenden los hombres excepcionales, entre la duda y la pasión humana, entre la desesperación y el futuro, nos importa a todos cuantos pensamos que

ser hombre es un producto de casualidades y circunstancias, de un azar al que cada uno, solo y angustiado, ha de proveer de sentido.

Por eso nos interesa la aventura intelectual de Antoine Saint-Exupery, vuelta ahora a la consideración crítica por ese «Saint-Exupery visto por sí mismo» (1), del que lo que no comprendo es el título. Si en realidad se trata de una manipulación de textos (y no se dé a la palabra «manipulación» un sentido necesariamente peyorativo) realizada por Luc Stang, en un personal análisis de la obra del genial aviador-escritor-pensador-humanista, ¿por qué querer que el público comprador piense que se va a encontrar con un autoanálisis del mismísimo Saint-Exupery?

Claro que un autoanálisis de este «héroe de nuestro tiempo» —por usar uno de los apelativos más solemnes que se han aplicado a su figura— hubiera sido un ejercicio perfectamente inútil, porque el autoanálisis de Saint-Exupery está presente a lo largo de

(1) «Saint-Exupery, visto por sí mismo», por Luc Stang. Colección Novelas y Cuentos. Ed. Magisterio Español. Madrid, 1971.



MONOD:
«EL AZAR
Y LA
NECESIDAD»

En el número 462 de TRIUNFO, 10 de abril de 1971, dábamos, junto con una entrevista a Jacques Monod, un amplio extracto de su último libro, «Le hasard et la nécessité». El autor accede al campo de la filosofía del hombre a partir del estudio de la biología molecular, del código genético, vías que en nuestro tiempo gozan de mayor prestigio de credibilidad. Es natural que la aparición de este libro, cuyo pensamiento se enfrenta con la antropología más o menos convencional, demasiadas veces cimentada en ilusiones, sueños, sistemas, dogmas e ideologías, desatara viva polémica. Hoy, el estudio de Monod, Premio Nobel de Medicina, puede ser leído en castellano, Barral Editores, S. A. lo acaba de publicar bajo el título «El azar y la necesidad».

toda su obra, de la que comentaría nuestro compatriota F. Giner de los Ríos: «Y de tal modo palpita al vida en ella que podemos conocerle, hacernos íntimos suyos, sin haberle visto siquiera, sin haberle tratado de otra manera que leyéndole una y otra vez con el mismo encanto».

Luc Stang, el autor de este ensayo informal y apasionado, ha buceado en la obra de Saint-Exupery, ha espigado en sus escritos, buscando ofrecer a los lectores una visión lo más completa posible del autor de «Vuelo nocturno», «Correo del Sur», «Tierra de hombres», «Piloto de guerra», «El principito» y «Ciudadela».

«No cabe duda, vivir es otra cosa». Algo que, para Saint-Exupery, no tiene nada que ver (o sólo muy poco) con el bienestar material. El se pasará su vida tratando de encontrar algo más allá de la rutina civilizada. «La cuestión que me planteo no es saber si el hombre será feliz o no protegido por la comodidad y el progreso. Me pregunto más bien qué hombre se sentirá triunfador, protegido y feliz», se dirá el caído de «Ciudadela». Es necesario crear, pues, algo superior al hombre, o un hombre superior a estos individuos masificados, oprimidos, reducidos al papel de hormigas. En Saint-Exupery no habla, sin embargo, un desprecio aristocrático hacia esa masa casi subhumana, sino más bien un odio hacia cierto orden, «cierta clase de paz», que oprime las posibilidades humanas. «Viejo burócrata —dirá en «Tierra de hombres—, compañero mío ahora, nadie te ha hecho salir nunca de ti mismo y no eres responsable en absoluto de ello. Has construido tu paz a fuerza de cegar con cemento, igual que las termitas, todas las posibles salidas a la luz (...). No quieres inquietarte con grandes problemas, bastante te ha costado olvidar tu condición humana (...). Nadie te ha cogido por los hombros cuando aún era tiempo. Ahora, la arquilla de la que estás hecho se ha secado, se ha endurecido y nadie en lo sucesivo sabrá despertar en ti al músico adormecido, al poeta o al astrónomo que quizá antes vivían en ti».

Un hombre que llevaba «a Nietzsche debajo del brazo» casi desde los días en que su profesor de Filosofía se lo anatematizara en clase. Un hombre que logra transformar su aventura personal en una aventura humana, intelectualmente aprovechable por todos. Un hombre a veces envuelto en oscuras ansiedades sobrehumanas y en criterios